



---

# Sociedad y cultura: entre el futuro que nos espera y el futuro posible

José A. Zamora

Consejo Superior de Investigaciones Científicas  
Instituto de Filosofía. Centro de Ciencias Humanas y Sociales  
joseantonio.zamora@cchs.csic.es

Fecha de recepción: 01/10/2012  
Fecha de aceptación: 22/10/2012

Sumario

- 
1. ¿En qué sociedad vivimos? De los diagnósticos sociales al modo de producción.
  2. Una breve aproximación a la crisis.
  3. Estructura y acción: transformaciones de la subjetividad.
  4. ¿Qué papel juega la cultura?
  5. Bibliografía.
- 

## RESUMEN

*Toda crítica de los valores dominantes y toda propuesta de valores alternativos está obligada a pensar el marco general en el que se articula la relación entre las estructuras sociales y la acción individual y colectiva, la construcción de las identidades y la cultura como espacio de conflicto y de proyecto. Este artículo presenta una propuesta de análisis de ese marco general bajo la perspectiva de la profunda crisis actual.*

### **Palabras clave:**

*Capitalismo posfordista, crisis, acción social, identidad, subjetivación, cultura.*



**ABSTRACT**

*Every critique of the dominant values and every proposal of alternative values is obliged to thinking the general framework in which the relationship between the social structures and the individual and collective action are articulated with the construction of the identities and the culture as space of conflict and project. This article presents a proposal of analysis of that general framework under the perspective of the deep current crisis.*

**Key words:**

*Post-Fordist capitalism, crisis, social action, identity, subjectivity, culture.*



El último *crash* de los mercados financieros, las dramáticas intervenciones estatales para salvar las entidades financieras, el desmoronamiento mundial del rendimiento económico, la recesión en un buen número de países desarrollados, los efectos sociales de las políticas de ajuste y del recorte del gasto público, el desplome de la capacidad adquisitiva de los asalariados, el desempleo masivo y el aumento de la pobreza, etc. han convertido en humo de la noche a la mañana las promesas neoliberales de felicidad asociadas a la liberalización, la desregulación y el dominio irrestricto de los «mercados» —también en aquellos países donde hasta ahora se concentraban los desiguales beneficios del sistema. Incluso aquellos que insisten en sanar al enfermo aplicando la misma receta que le ha colocado al borde del colapso ya sólo hablan de «sacrificios necesarios» y, con mucha menos convicción, de una posible recuperación después de un largo periodo de sangre, sudor y lágrimas, recuperación en la que por cierto cada vez cree menos gente.

## 1 ¿EN QUÉ SOCIEDAD VIVIMOS? DE LOS DIAGNÓSTICOS SOCIALES AL MODO DE PRODUCCIÓN

Al mismo tiempo, parece como si este cataclismo económico y social hubiese arrastrado al abismo una infinidad de conceptos que ahora se revelan como circunloquios dolosos para escamotear lo evidente: las contradicciones constitutivas del sistema capitalista, cuya tozuda persistencia resulta prácticamente imposible enmascarar (Altvater, 2007:13). Cuando en las décadas de hegemonía neoliberal que han precedido a la crisis preguntábamos a los teóricos sociales sobre en qué sociedad vivimos, nos despachaban con diagnósticos de época de amplio espectro que no ocultaban su proximidad al discurso mediático (Osrecki, 2011). El trabajo teórico para arrinconar la palabra «capitalismo», que ahora, en el fragor de la crisis, todo lo invade, y para sustituirla por términos como «sociedad posindustrial» (D. Bell, 1986), «sociedad de las sensaciones» (G. Schulze, 1995), «sociedad del riesgo» (U. Beck, 1998), «sociedad informacional o sociedad red» (Larsh/Urry, 1994; M. Castell, 1997s.), «sociedad del conocimiento» (UNESCO, 2005), etc., se revela en buena medida como un juego académico para producir y comercializar «marcas teóricas» siguiendo la lógica de la industria cultural, a la que las ciencias sociales no son ajenas.



El predominio del diagnóstico social en las ciencias sociales ha terminado imponiendo un giro metodológico que consiste en generalizar un rasgo llamativo o un cambio significativo y convertirlo así en el concepto que define a la sociedad en su conjunto. Su éxito académico viene reforzado por la capacidad que poseen para convertirse en modelo de interpretación de los actores económicos, políticos o mediáticos en un determinado momento y reemplazar modelos anteriores. La cuestionable tesis de la universalización de los riesgos ecológicos permitió al concepto de «sociedad del riesgo» de U. Beck ofrecer al calor de la catástrofe de Tschernobyl un nuevo soporte al discurso sobre el final de la sociedad de clases y a la afirmación de que la individualización de los estilos de vida es la principal característica de la sociedad actual. Otro tanto ocurre con el concepto de «sociedad del conocimiento» que pretende arrinconar en el baúl de los recuerdos la relación entre capital y trabajo, para hacer del saber el factor más importante de producción, abstrayendo de la centralidad del sometimiento del saber a la forma de la mercancía en el actual modo de regulación capitalista. Como es natural no se trata aquí de elaborar una crítica rigurosa de esas ofertas teóricas, que indudablemente recogen aspectos más o menos nuevos y relevantes a tener en cuenta, sino de cuestionar el procedimiento teórico de la generalización de dichos aspectos sin el rigor analítico exigible a una teoría social que pretenda dar cuenta de las formas esenciales bajo las que se organizan las relaciones sociales y que determinan su dinámica fundamental, lo que explicaría por qué buena parte de estos diagnósticos sociales se han convertido en un manto para cubrir el modo de producción y sus contradicciones constitutivas.

Una teoría de la sociedad que pretenda ir más allá del mero diagnóstico social debe confrontarse con el problema de la constitución de las relaciones sociales dentro de un modo de producción en el que confluyen un determinado desarrollo de las fuerzas productivas, una forma de apropiación del excedente de producción o un régimen de dominación social concreto y una cultura específica, así con atender a la dinámica que rige las transformaciones de dichas relaciones en el tiempo. Lo decisivo en el capitalismo es la producción de la mercancía «fuerza de trabajo» y la conformación de las relaciones sociales bajo la forma del capital, de la que es parte constitutiva la apropiación particular del beneficio. Las diferencias constatables en las estrategias más significativas para la reproducción del capital y los regímenes de dominación o política de clases, así como las que afectan a la cultura y al saber, ha llevado a distinguir entre tres variantes de capitalismo: el liberal-industrial, el fordista y el posfordista neoliberal (Resch/Stainert, 2011:41ss).

A esta diferenciación ha prestado especial atención la teoría de la regulación (Aglietta, 1976; Jessop, 2001), para la que las diferentes fases del



capitalismo no se suceden de modo lineal unas a otras, sino que son resultado de procesos históricos de «búsqueda» de soluciones a las crisis, que siempre van acompañadas de confrontaciones y luchas sociales. Esto exige analizar el conjunto de relaciones sociales como algo contradictorio en sí, que produce en cada momento un tipo específico de estructuras y reglas. Precisamente por esto las relaciones sociales conducen a una desestabilización del transitorio equilibrio que ellas mismas han alcanzado en un determinado momento, desestabilización que viene propiciada por un agotamiento de las posibilidades de solución propias de un régimen de acumulación o modo de regulación específico y, finalmente, por la crisis. En todo esto es necesario atender no sólo a las leyes que rigen el movimiento del capital en general, a su dinámica interna que afecta a la reproducción y al ajuste de los diferentes factores implicados en esa reproducción, sino también a su conformación histórica concreta, mediada por la correlación de fuerzas sociales. Por ello las relaciones políticas, ideológicas y culturales poseen una enorme significación para la reproducción de las relaciones de dominación capitalista. El modo de producción capitalista sólo puede entenderse integrado en formaciones sociales estructuradas de modo específico.

Partiendo de este planteamiento se ha intentado señalar los elementos del nuevo modo de regulación postfordista: el predominio de la ideología neoliberal de la desregulación, liberalización y privatización, que pretenden dejar libres a las fuerzas del mercado y eleva la competitividad a principio supremo, la creación de mercados de capitales y financieros a escala global, el desarrollo de redes de producción transnacional, nuevas formas de trabajo basadas en las nuevas tecnologías, la extensión e intensificación de la penetración capitalista de la sociedad (privatización de servicios públicos y sectores económicos estratégicos), la mercantilización y configuración tecnológica de amplias áreas del trabajo, de la cotidianidad, del medio ambiente y, finalmente, del cuerpo y el psiquismo de los individuos (individualización represiva), la reestructuración de Estado del bienestar en Estado competitivo, la reorganización de las relaciones de clase y de género, así como la fragmentación de la sociedad. Si el fordismo producía integración por medio del disciplinamiento, el modo de regulación neoliberal establece un régimen de exclusión y control de los «residuos sociales».

A los problemas de revalorización del capital que empezaron a hacerse notar a mitad de los años sesenta, los actores económicos y políticos que promovían el nuevo modo de regulación neoliberal reaccionaron desplazando el equilibrio de fuerzas sociales a favor del capital internacional, las empresas transnacionales y la industria financiera: desestatalización, reducción de la carga impositiva para los ricos, debilitación de los sindicatos obreros, etc.



(Harvey, 2007:16ss). La recuperación de la tasa de beneficios se hizo a costa de la disminución de los salarios y los ingresos reales de los trabajadores, pero también por medio de una importante privatización de actividades y de parte de los sectores públicos y de una financiarización de la economía que permitió un crecimiento inusitado de la parte de los activos financieros en la producción mundial de riqueza. Esa disminución de los ingresos de los asalariados, unida a las deslocalizaciones y el desplazamiento de las inversiones, produjo un aumento de las desigualdades y de los desequilibrios mundiales. El enorme endeudamiento que sostuvo la demanda en los países desarrollados terminó formando un cóctel explosivo con la ralentización de la productividad del trabajo, el crecimiento de las economías de los países emergentes y la inestabilidad de la industria financiera. La forma como el modelo neoliberal abordó la crisis del fordismo está claramente en la raíz de la actual crisis.

## **2 UNA BREVE APROXIMACIÓN A LA CRISIS**

---

Aunque resulta muy difícil determinar si este sistema económico posee todavía la capacidad de una cierta recomposición y de mantenerse un tiempo más y, por tanto, de si asistimos o no a los inicios de la crisis que producirá una transformación radical, los teóricos más críticos señalan que el capitalismo se enfrenta a límites internos y externos que difícilmente pueden ser afrontados sin una superación de las formas económico-sociales que lo definen como sistema. Desde que en otoño de 2008 la crisis de las «subprime» puso a los mercados financieros globales al borde del colapso, la coyuntura mundial sólo ha conseguido estabilizarse de modo puntual y fugaz. Es cierto que los gobiernos y los bancos centrales han conseguido inicialmente conjurar el amenazante colapso global de la economía gracias a la estatalización de urgencia de los créditos «podridos» y los agujeros de las inversiones fallidas (vía rescate bancario) y el crecimiento masivo del endeudamiento de los Estados (es decir, de la masa de los ciudadanos). Sin embargo, con ello probablemente no han hecho más que preparar el próximo golpe de la crisis de dimensiones aún mayores. Ahora lo que amenaza con llevar la economía mundial al abismo es el estallido de la deuda estatal.

El intento de querer ver en el origen de esta crisis determinados excesos particulares o una supuesta perversión de la, al margen de esos excesos, triunfante y exitosa economía de mercado, desconoce que el desbocamiento de los mercados financieros, la especulación, el endeudamiento de los Estados o sea lo que sea que se presente en el caos de las opiniones como causa del mal actual, no es en realidad más que un síntoma de un proceso de crisis más profunda (Observatorio Metropolitano, 2011). No nos enfrentamos a algún tipo de des-



viación que se pueda rectificar con un par de correcciones, más bien son los fundamentos mismos del sistema capitalista los que se están desintegrando. Si los límites internos de la revalorización del capital en el modo de regulación fordista-keynesiano, agudizados por la tercera revolución industrial, fueron los que empujaron a las élites económicas y políticas a propiciar una financiarización de la economía, es decir, a la creación de un sofisticado y complejísimo aparato de precapitalización de una futura producción de valor —algo que pareció permitir una autonomización del capital financiero frente a la economía real y resolver los problemas de sobreacumulación—, dicha autonomización es la que preparó el estallido actual (Fumagalli *et al*, 2009).

La respuesta neoliberal a la crisis del Fordismo ha tenido un recorrido mucho más corto de lo que esperaban aquellos que se apresuraron a anunciar el «fin de la historia». Sin embargo, la pretensión de recoger velas y volver a fórmulas neo-keynesianas pasa por alto que fueron los límites de ese modo de regulación los que abrieron la puerta a la era neoliberal. Lo mismo que en la segunda mitad de los años 70, cuando el programa keynesiano ya no funcionaba, los intentos actuales de los Estados para evitar la destrucción de capital y favorecer su recomposición por medio de la adquisición de títulos de propiedad financieros privados se han convertido en realidad en el sustituto de la acumulación privada de capital que vive sus horas más bajas. La expansión explosiva del capital ficticio sólo ha conseguido disimular durante tres décadas la crisis que afectaba a los fundamentos de la revalorización del capital. Ni los defensores de un plan estricto de ahorro y recorte del gasto, ni los defensores de abrir más las compuertas del dinero para estimular el crecimiento parecen querer ver que es el marco de referencia de esa conocida disputa entre (neo)liberales y (neo)keynesianos lo que se descompone. Es preciso recordar que desde mediados de los 70 también el mantenimiento de la producción mundial de riqueza (sobre todo en las grandes economías exportadoras) sólo ha sido posible gracias a un desorbitado endeudamiento tanto privado como de los Estados, es decir, a una operación gigantesca de absorción de valor futuro ficticio, que ahora los deudores no pueden reembolsar. La fabulosa pirámide de capital ficticio levantada en los últimos 30 años amenaza con derrumbarse y volverse como un bumerán contra los campeones mundiales de la producción (tradicionales y emergentes), que miran para otro lado y acusan de derrochadores e irresponsables a los que hasta ahora han sido consumidores de buena parte de su producción.

La política real anda atrapada en una disyuntiva sin salida. Si se impone una política de reducción drástica del endeudamiento estatal, esto no significaría como algunos proclaman un retorno a una sólida economía de mercado o a una economía «real» sana, sino una contracción brutal de la producción de



riqueza al reducido nivel actual de la producción real de valor. A nadie se le oculta que dicha contracción iría acompañada de tensiones sociales sin precedentes que hacen probable la imposición de unas formas de gobierno autoritario o cuasi autoritario justificadas por el estado de excepción, independientemente de que se conserven o no formas democrática vaciadas de contenido. Si triunfa la política de seguir inyectando dinero y engrosando el endeudamiento de los Estados, es posible que se siga retardando el colapso, pero no por mucho tiempo, dado que la dinámica interna de la industria financiera también ha llegado a límites difícilmente franqueables, como ha mostrado el crash de 2008. Pero sobre todo porque la esperada recuperación económica no depende tanto del crédito disponible o el nivel de los intereses, cuanto de las expectativas de beneficio de los empresarios. Además una política monetaria «expansiva» seguiría yendo de la mano de un rígido ahorro estatal con efectos destructivos sobre los sistemas sociales y las infraestructuras estatales, ahorro que también en esta política se sigue considerando necesario para restaurar la confianza de los mercados financieros. Ahora bien, si comparamos las posibilidades de ahorro por medio de recortes (sin contar su ineficacia en un periodo de recesión) y la gigantesca pirámide de deuda privada y estatal (la conversión de la primera en la segunda es la operación que está en marcha en estos momentos), parece evidente que existe una desproporción insalvable. Como en el cuento del rey desnudo, la desnudez que todo el mundo ve y nadie se atreve a nombrar es que la deuda nunca será pagada.

Estos límites de las políticas anticrisis hegemónicas se derivan del límite interno de lógica de la acumulación capitalista. Pero dicha lógica también se enfrenta a otros límites externos no menos relevantes si tenemos en cuenta sus efectos sobre la realidad natural, social, política y cultural (Bader *et al*, 2011: 16ss.). La coacción al productivismo y al crecimiento ilimitado y sostenido (que no sostenible) choca con los límites del ecosistema y los signos amenazantes de dicho choque se han convertido en algo más que meros augurios negativos de los que eficazmente el sistema difamaba acusándolos de catastrofistas profesionales. Recuperación sería volver por la senda del crecimiento, es decir, por la agudización de la crisis ecológica. También la expansión de la lógica de la mercancía y el intento de capitalización de todos los ámbitos de la vida social e individual genera una precarización y vulnerabilización masiva de las condiciones de existencia no sólo en los países empobrecidos, sino de modo creciente en los países «ricos» (miserabilización de los jóvenes, los ancianos, los parados mayores, los hogares monoparentales, etc., desmonte y reducción de las políticas públicas,...), lo que pone en peligro la misma reproducción social. La relativa autonomía de los Estados y la política, su doble misión de garantizar y reproducir las condiciones jurídico-institucionales del



sistema económico, pero también de garantizar la libertad y la igualdad, al menos formales, que pueden trascender esas condiciones, se va volviendo crecientemente inviable (aunque ciertamente no por primera vez en la historia del sistema). El capitalismo en esta fase no puede mantenerse sin anular o vaciar de contenido real los procedimientos democráticos y esto no puede sostenerse en el tiempo sin represión política y violencia policial. Por último, quizás sea en el ámbito de la cultura donde la penetración de la forma mercantil (sociedad de conocimiento, industria cultural, industria del tiempo «libre») está siendo más profunda y, por otro lado, donde es menos percibida. Pero la penetración mercantil del universo simbólico y el sometimiento de la cultura a la lógica del capital tienen efectos antropológicos devastadores y pueden socavar los fundamentos morales y simbólicos que el funcionamiento del sistema presupone, pero no puede producir por sí mismo.

Ante este panorama, nada está decidido de antemano. No existe una salida inscrita en la dinámica histórica o en la lógica económica, ni siquiera la seguridad de una salida. Como afirma A. Jappe, si algo hay programado en la dinámica del sistema capitalista es la catástrofe, no la emancipación; esa dinámica no conduce por sí misma al socialismo, sino a las ruinas (2011, 17; 47s). Por tanto, se hace preciso examinar las amenazas que están tomando cuerpo en medio de la crisis y los procesos que apuntan hacia una exacerbación de las contradicciones y sus efectos catastróficos bajo formas de gobierno autoritarias y represivas, así como considerar los procesos y las realidades que apuntan hacia una superación o transformación radical del sistema o que al menos están cumpliendo la función de biotopos en los que se crean las condiciones de posibilidad de una alternativa. A la vista de la historia del sistema capitalista esperar que una gran crisis se convierta por sí misma en partera de procesos emancipadores, sería ingenuo e irresponsable. Por más que los límites internos y externos que el sistema capitalista encuentra en su carrera expansiva establecen no sólo la conveniencia, sino también la exigencia de una superación de la forma capitalista de producción y socialización, está por ver de qué manera se produce dicha superación y cuáles son las nuevas formas de organización de la producción y la reproducción social. Esto nos obliga a entrar en otro plano de reflexión.

### **3 ESTRUCTURA Y ACCIÓN: TRANSFORMACIONES DE LA SUBJETIVIDAD**

La profundidad de la crisis sólo se hace verdaderamente presente cuando la consideramos, siguiendo a Oskar Negt, también como una *crisis de erosión cultural*, es decir, cuando tomamos conciencia de que la subjetividad es un factor decisivo en ella (Negt, 2010:13). No se trata de añadir un «factor subjetivo»



a la dinámica económica, sino entender que los procesos de subjetivación constituyen un factor material de la misma crisis y que tanto la supervivencia del capitalismo como de las alternativas a él depende de la equipación cultural de los individuos: cultura como cemento que amalgama o cultura como material explosivo (Behrens, 2012:78). Aquí adquiere especial importancia la pregunta por la significación de las transformaciones de la reproducción social en el posfordismo y de la reorganización neoliberal de las formas de vida para la composición interna y la reflexividad de los individuos. Si se deja de lado esta cuestión, toda postulada capacidad de acción de los sujetos estaría tocada de muerte por un voluntarismo tan bienintencionado como injustificado. Esto nos exige repensar el vínculo entre estructura y agencia, entre la lógica del sistema y la lógica de la acción social (Fraser, 2012:14), siguiendo el consejo de Th. W. Adorno de no dejarse entontecer ni por el poder de las estructuras ni por la propia impotencia (Adorno, 1951:63).

El pacto social que sirvió de base al modo de regulación fordista y le permitió establecerse con éxito se apoyaba a su vez en el encuadramiento de los individuos en grandes colectivos así como en su socialización en marcos estables, predecibles y uniformizadores. Las grandes unidades productivas, los servicios del Estado benefactor, los partidos políticos y las organizaciones obreras, las iglesias y el tiempo libre organizado industrialmente imponían a las formas de vida de los individuos un carácter de rigidez, uniformidad y conformidad, frente al que fueron creciendo los movimientos de protesta y la búsqueda de formas de vida alternativas favorecidas por la propia evolución de la sociedad del consumo, sin olvidar la denuncia de la cara oculta del pacto fordista (ecologistas, antiimperialistas, feministas, etc.). Pero la exigencia de autodeterminación, responsabilidad de sí y libertad de elección dirigida contra los rígidos encuadramientos y las identidades fijas del capitalismo fordista, exigencia que se articulaba en las luchas de los nuevos movimientos sociales, fue capturada por la estrategia neoliberal e instrumentalizada al servicio de la reproducción ampliada del capital, como han señalado L. Boltanski y È. Chiappello, apuntando a la interiorización y apropiación por el sistema de lo que ellos llaman la crítica artística (2002).<sup>(1)</sup> La conversión de la subversión en fuerza productiva fue llevada a cabo mediante la transformación de conceptos provenientes de esas luchas —activación, participación, innovación, flexibilidad, empoderamiento, etc.— en exigencias institucionales y expectativas normativas. El «anything goes» se convirtió en un «anything must go» (Scholz, 2005:218). De este modo la precarización creciente de las situaciones vitales, la exacerbación de la competitividad, la incertidumbre provocada por

(1) A esto mismo ya apunta el concepto de «recuperación» de los situacionistas (Semprún, 1976).



los cambios acelerados de los horizontes de existencia y las consecuencias negativas de una desigualdad en aumento, fenómenos que acompañan la reorganización de la producción y la distribución en el nuevo modo de regulación posfordista, son arrojadas sobre quienes las padecen, convirtiendo en imperativo autoritario los principios de autonomía y responsabilidad. Por eso los procesos de individualización pueden ser descifrados como nueva integración en relaciones de poder individualizadoras.

La brusca transformación del sistema de empleo y de los «vínculos sociales», junto con una creciente individualización y pluralización de formas y estilos de vida y de orientaciones para la acción, no sólo cuestionan las formas tradicionales de regulación del trabajo y de lo social, sino que imprimen nuevos contornos a las biografías individuales, a los intereses y a las necesidades. Una nueva máxima pasa a presidir la orientación de las biografías individuales: ¡actúa de modo empresarial! El «yo empresario» se define por la creatividad, la flexibilidad, la responsabilidad individual, la conciencia del riesgo y la orientación al intercambio comercial en todas las áreas de la vida y no sólo en la laboral (Bröckling, 2007). La competitividad somete al «yo empresario» al dictado de una permanente optimización de sí mismo. Incluso la crisis se presenta como un reto para la gestión creativa de las propias capacidades y ventajas comparativas, con una apelación constante a «reinventarse» (en realidad a renunciar a toda seguridad adquirida y adaptarse a las nuevas condiciones del mercado de trabajo).<sup>(2)</sup>

Pero, ¿es posible que los individuos, sus deseos y capacidades, su sensibilidad e inteligencia, queden conformados totalmente en lo más íntimo por la lógica empresarial y mercantil? Evidentemente, si el inconformismo es un reclamo publicitario, la flexibilidad es una exigencia impuesta, la apertura a lo nuevo es una disposición a la adaptación a demandas externas cambiantes, la permanente comunicación es un facilitador de la colonización programada, etc. entonces no resulta fácil sondear posibilidades individuales y colectivas de acción transformadora. Ciertamente, si todas las cualidades de los individuos quedaran reducidas a instrumentos de maximización del beneficio, la capacidad de acción de los individuos en un sentido emancipador estaría completamente bloqueada. La experiencia de explotación y opresión dejaría de ofrecer un soporte a las perspectivas de emancipación. Sin descartar completamente esa posibilidad límite, la indudable penetración y conformación de los procesos de subjetivación por la forma de la mercancía exige un análisis de

(2) Este imperativo tiene su complemento en la esfera del consumo en lo que se ha denominado «Self-Fashioning»: «Lo que se quiere decir con esto es que hoy las cuestiones existenciales se tratan de manera estética. La vida se convierte en el material de una obra de arte; es un experimento permanente de sí mismo, que considera el consumo como un arte elevado» (Bloz, 2002:96; cf. Zamora, 2008: 53ss).



las estructuras de poder en los propios procesos de subjetivación y buscar formas de enfrentarse a ellas en esos mismos procesos. Se trata de aclarar la mediación entre las estructuras no normativas del modo productivo y las estructuras del orden simbólico en el medio de las relaciones de poder. La economía neoliberal intenta activar y rentabilizar la corporalidad, la sensibilidad y el conocimiento, atrapar la propia función del sujeto.<sup>(3)</sup> Pero la continuada actuación de los mecanismos de control evidencia la necesidad de un permanente ejercicio de subjetivación socializadora que nunca está concluida ni tampoco exenta de fricciones, fricciones desde las cuales resulta posible movilizar las resistencias y proyectar la transformación de las estructuras, que por su lado, gracias a sus contradicciones y su dinámica, siempre producen elementos que apuntan más allá de ellas e inauguran el potencial para la transformación, un potencial que sólo puede ser materializado por la acción de los sujetos.

Marx centró su análisis en las estructuras cosificadas del modo de producción capitalista que se basan en una determinada constelación de las relaciones sociales. Según él, esas estructuras no son estáticas, sino que poseen un dinamismo inscrito en la lógica interna del capital, que exige una productividad creciente juramentada con el crecimiento y genera al mismo tiempo contradicciones específicas. El mecanismo de reproducción de esas estructuras es una «coacción muda» por parte de las relaciones sociales cosificadas, que se autonomizan respecto a los sujetos que las producen y se imponen en las prácticas de los actores sociales como a sus espaldas e independientemente de las inter-

(3) No entro a considerar aquí los análisis postoperaístas del capitalismo posfordista, pues me obligaría a una revisión de esos análisis más extensa de lo que permiten los límites de este artículo. Baste una referencia a su significado para la cuestión que aquí se aborda. Como es conocido, Hardt y Negri aplican el concepto de subsunción real del trabajo bajo el capital, empleado por Marx en el fragmento «Resultado del proceso directo de producción», a las tendencias del capitalismo a someterse cada vez más ámbitos del mundo y de la vida en la transición del fordismo al postfordismo, es decir, de una sociedad disciplinaria a una de control (Foucault, Deleuze, Guattari). Esto no sólo supone una suspensión de la ley del valor, una disolución de la sociedad civil, una penetración de los mecanismos de dominación en los cuerpos y las mentes de los ciudadanos, etc., sino también la conversión de la vida misma en objeto del poder. La lucha por la fuerza de trabajo en el fordismo y la caída de las tasas de beneficio habrían motivado esa transformación. Según esto, la separación entre vida y trabajo ha sido cancelada, la vida (cuerpo, deseos, sentimientos, relaciones, saber, ...) pasa a ser producida o utilizada productivamente por el trabajo inmaterial, que por definición es una producción común que es apropiada posteriormente de manera privada y parasitaria por el capital. La posición hegemónica del trabajo inmaterial cancela las diferencias tradicionales entre economía, política, cultura y sociedad, entre tiempo de trabajo y tiempo libre. Todo es productivo y toda producción puede ser apropiada por el capital. El *general intellect*, el intelecto asociado de los individuos, se ha realizado en el presente porque el saber socialmente producido ha devenido fuerza productiva directa. El individuo colectivo que Marx esperaba de la realización del comunismo se ha hecho realidad dentro del capitalismo. Esto es lo que lleva a Hardt y Negri a suponerle a la producción inmaterial un carácter emancipador, cuando no un potencial revolucionario. Las luchas contra los mecanismos de apropiación por parte del capital de la producción común son ahora ubicuas, plurales, afectan a todos los ámbitos sociales, culturales y políticos y son más relevantes para la emancipación que la tradicional delegación política del propio poder de acción fijada en el Estado. La cuestión en la que no podemos entrar ahora es si la renuncia a una teoría del valor y la irrelevancia de la dinámica interna del valor no llevan a Hardt y Negri a una disolución demasiado optimista de las formas de dominación desde el punto de vista de la teoría de la acción (luchas sociales). Cf. Hardt/Negri 2004, 2005 y 2011. Para un crítica más elaborada de esta posición, cf. Jappe/Kurz, 2003.



pretaciones y significados que estos les atribuyen. Pero, al mismo tiempo, la dinámica estructural produce elementos que apuntan más allá de las formas cosificadas. Precisamente esa reconocida dinámica tiene su expresión en las formaciones históricas cambiantes de la socialización capitalista, cuya concreción sólo puede ser explicitada si se incorpora al análisis el orden simbólico y los dispositivos de poder en cuanto materializaciones de los significados en instituciones, prácticas y relaciones con uno mismo.

La subjetividad y la capacidad de acción están socialmente constituidas, de modo que la crítica y la resistencia no pueden apoyarse en un fundamento exterior o en un núcleo intacto del individuo no mediado por las relaciones sociales. La forma social «sujeto» es resultado de la dominación. Se trata de una forma en la que el individuo es compelido a someterse voluntariamente y como fruto de su decisión soberana a aquello que le es demandado. Sin embargo, dicha forma social está habitada por una tensión de la que se hacen eco los dualismos clásicos: heteronomía/autonomía, determinismo/voluntarismo, estructura/acción, sociedad/individuo, tensión en la que se puede localizar la pregunta por las posibilidades de autodeterminación de los sujetos. Esas posibilidades nacen de la imposibilidad de una completa integración en una sociedad antagonista y de las heridas y daños que la subjetivación produce en los individuos. Esto es lo que les permite actuar frente a los dispositivos que están implicados en su producción. Así lo entendía Adorno, cuando hablaba del carácter como un «sistema de cicatrices, que sólo puede ser integrado con sufrimientos, y nunca del todo» (Adorno, 1952:24; cf. Zamora, 2007).<sup>(4)</sup> La idea de una subjetividad lograda y armónica en medio de una sociedad antagónica no puede ser una clave de humanidad.

En este sentido resulta pertinente atender a las características diferenciadas de la reorganización neoliberal de las formas de vida frente las formas de subjetivación propias del fordismo o del capitalismo industrial liberal. Dichas características no pueden ser ignoradas bajo el pretexto de que es la forma de la mercancía la que constituye las subjetividades en el sistema capitalista. Esto puede resultar excesivamente abstracto. Los nuevos dispositivos posfordistas no poseen un carácter coactivo y autoritario, no son tanto dispositivos disciplinadores cuanto dispositivos de control «suave»: desde la supervisión y el coaching a las múltiples adiciones toleradas, pasando por las incontables terapias, las ofertas de cuidados y reparaciones espirituales, la producción publicitaria de identidades, las reglas dietéticas o los consejos de psicología

(4) Quienes rechazan esta vía de crítica immanente, que no parte de una atribución de libertad y autonomía, que no presupone un sujeto autónomo orientado en su acción por marco normativo, porque piensan que así se pierde la posibilidad de fundamentar una acción política emancipadora, deberían aportar la prueba de que una teoría normativa de la justicia, una teoría discursiva de la fundamentación de normas o una teoría de la lucha por el reconocimiento capacita a los sujetos para dicha acción.



popular, el diagnóstico genético o el diseño corporal. También habría que incluir las instituciones educativas y el sector de la formación permanente juramentadas con la producción de «capital humano». Cometer el error político de desentenderse de los procesos de subjetivación y de los dispositivos implicados en ellos sólo llevaría a desperdiciar las oportunidades para la acción transformadora que se abren en las fricciones que esos mismos procesos provocan. En la permanente destrucción y construcción de identidades que se producen en conflicto con las estrategias de dominación está en juego la posibilidad de una acción transformadora o su bloqueo.

## 4 ¿QUÉ PAPEL JUEGA LA CULTURA?

En este marco la «cultura» posee una significación especial. La profundidad de la crisis y las transformaciones que hemos analizado en los procesos de subjetivación en el capitalismo posfordista ponen de manifiesto que no nos enfrentamos sólo a un problema de distribución, a la clásica cuestión del reparto y por tanto de la explotación de una mayoría por una minoría, que también, sino a una crisis de civilización, al hundimiento de un modelo cultural, que afecta a la confianza generalizada en el progreso, a la credulidad tecnológica, la posibilidad de un desarrollo ilimitado y depredador, a los límites del completo sometimiento de la existencia a una lucha despiadada por la supervivencia, etc. Y esto afecta también a las mentalidades, los caracteres, las prácticas sociales que cristalizan en la individualización posmoderna (Lasch, 1999; Lipovetsky, 1993), por más que ese modelo cultural y esta forma de individualización estén lejos de haber perdido vigencia y poder. Con todo, la profunda crisis que vivimos pone de manifiesto que el objetivo de la integración en el modo de vida que nos propone el capitalismo tiene que dejar paso a la meta de acabar con él. No se trata de asegurar a los individuos un lugar en la producción y el consumo sometidos a la valorización del capital, sino de combatir y superar las formas de subjetivación que le sirven de soporte en la actualidad.

Para aproximarnos a un análisis de la relevancia de la cultura tanto para la acción transformadora como para su bloqueo, me voy a referir a los principales elementos de dos planteamientos teóricos que pretenden adoptar una perspectiva a la vez crítica y política: los *estudios culturales* y la *crítica de la industria cultural*.<sup>(5)</sup> Previamente es preciso tomar como punto de partida un

(5) Para un análisis más pormenorizado de estos planteamientos teóricos, cf. Muñoz, 2005 y *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica* nº 3, 2011. Evidentemente esta elección deja fuera de consideración un gran número de concepciones de la cultura en la que la perspectiva política posee mucha menos relevancia.



concepto de cultura entendida como *praxis*, que aúna lo cultural con lo social. Con ello se evita un estrechamiento cognitivista que define la cultura como mentalidad, texto o trama de sentido y también una reducción estructural como sistema de valores y normas.

Para los estudios culturales el término «cultura» sirve para elaborar una determinada perspectiva de aproximación a los fenómenos sociales que pone el acento en la cuestión de la producción y reproducción de las relaciones de poder y de las identidades. Esto es tanto como decir que la cultura es un espacio de conflicto. De ahí la importancia de la cultura corriente, la cultura popular, las subculturas y los medios de comunicación, cuyas prácticas son interrogadas, por lo menos en las versiones críticas, en relación al poder, la resistencia y la subordinación, la hegemonía y la subalternidad. Para E. P. Thompson, R. Williams o S. Hall se trata de mostrar que las identidades sociales son construcciones basadas en relaciones de poder y que su construcción pasa por las *praxis* culturales que adquieren de este modo un significado político (Hall, 1981:239). Las relaciones de poder poseen un carácter inestable y móvil y se articulan de manera plural. Esto impone un contextualismo radical que no queda anulado por el hecho de que todos los artefactos culturales en el capitalismo sean mercancías. El carácter de mercancía no prejuzgaría el uso distorsionado, incluso emancipador, de esos productos culturales. Además, la (des-, re-)construcción de identidades sería un proceso siempre inconcluso, lo que no quiere decir arbitrario. Todos los productos culturales tienen una representación pública, intervienen en la construcción de identidades sociales en el marco de determinadas prácticas y circulan bajo condiciones institucionales y estructurales. Más allá del subsistema político, todo el campo de lo social es un espacio político, en el sentido de un espacio en el que se dirimen las luchas por la fijación de formaciones hegemónicas. El peso de los conceptos gramscianos de hegemonía, sociedad civil, populismo, discurso y articulación es fundamental en los estudios culturales críticos.

Existe un déficit repetidamente señalado en el planteamiento de los estudios culturales y es la falta de un análisis del modo de producción, lo que quizás esté provocado por la intención originaria de escapar al economicismo del marxismo tradicional. Con todo, las afinidades electivas con la teoría de la regulación de M. Aglietta y con las actualizaciones de la teoría política gramsciana de la hegemonía en autores como E. Laclau y Ch. Mouffe son perfectamente reconocibles. Este vínculo nos sitúa ante un horizonte siempre abierto de crisis, luchas por la hegemonía, fijación y regulación y vuelta a empezar, horizonte que tiende a conceder quizás una sobrevalorada capacidad de transformación a los movimientos sociales (heredera de las luchas de los años sesenta y setenta) y a pasar por alto los límites internos y externos del sistema



capitalista que dificultan el encadenamiento indefinido de sucesivos modos de regulación. Por otro lado, el hecho de que el campo de la cultura popular se construya por medio de praxis micropolíticas, cuya significación está fuera de duda, no resuelve la cuestión de la relación que dichas praxis mantienen con las transformaciones de las estructuras y las formas determinantes que definen el modo de producción. Esto se puede pagar con una pérdida de rigor analítico y capacidad crítica en relación con las luchas de género, de minorías étnicas, de minorías sociales, etc. Centrar la mirada en la proliferación de antagonismos y en las luchas por redefinir las identidades en las que estos se articulan, no puede impedir el análisis de la reproducción de los antagonismos fundamentales en y a través de esas redefiniciones, como ha mostrado R. Scholz en su teoría de la disociación del valor (2000).

La crítica de la industria cultural, que tiene su origen la Teoría Crítica y se remonta a la *Dialéctica de la Ilustración* de M. Horkheimer y Th. W. Adorno, pone el acento en el sometimiento de toda la cultura a la forma de la mercancía y, dado que la industria cultural es el modo fundamental de socialización en el capitalismo avanzado, analiza lo que ese sometimiento significa de cara a impedir una experiencia que merezca ese nombre. Es el factor fundamental de integración de los individuos debilitados y fragilizados en el capitalismo tardío, integración propiciada por el mismo proceso de totalización capitalista de la sociedad. El potencial efecto de la industria cultural «es promover y explotar la debilidad del yo, a la que de todos modos la sociedad actual, con su acumulación de poder, condena a sus miembros impotentes» (Adorno, 1967: 344). A través de ella, el aparato productivo interviene en la configuración de las necesidades, estructura la conciencia y coloniza la fantasía, haciendo extremadamente difícil un pensamiento autónomo y una praxis de transformación radical. Lo que hace la industria cultural es reforzar la integración de los individuos contribuyendo a que reconozcan y acepten su insignificante valor y su intercambiabilidad, es decir, que se reconcilien con el hecho de haberse vuelto prescindibles como individuos singulares y autónomos en el capitalismo avanzado. Lo que le sucede a la cultura bajo el imperativo del principio de intercambio capitalista, la denigración de su valor de uso a medio de entretenimiento y distracción, tiene por tanto un carácter ejemplar para el conjunto de la sociedad: su tendencia al conformismo, a la trivialización y a la estandarización se corresponde con el proceso histórico de «desaparición del individuo» en cuanto signatura de toda una época. «Los seres humanos adoptan una actitud afirmativa respecto a la cultura de masas, porque saben o presienten que en ella les son enseñadas las *mores* de las que tienen necesidad como salvoconducto en la vida monopolizada. Dicho salvoconducto sólo tiene validez cuanto está pagado con sangre, con la cesión de toda la vida, con la



obediencia apasionada frente a la odiada coacción. Por esa razón y no por la «idiotización» de las masas, que llevan a cabo sus enemigos y denuncian sus amigos, resulta la cultura de masas tan irresistible» (Adorno, 1980:331).

La industria cultural no es simplemente lo contrario de la cultura elevada, no supone una degeneración de lo sublime y excelso del arte burgués a causa de su masificación. Al contrario, dicho concepto analiza las últimas consecuencias de una autonomización de la cultura que tiene lugar gracias al mercado capitalista, del que es deudora y que, como en el caso del individuo, termina produciendo un total sometimiento a sus leyes y casi conduciendo a la aniquilación de toda autonomía bajo la apariencia de su exaltación. El conformismo es entrenado y exigido. «Existir en el capitalismo tardío es un permanente rito de iniciación. Cada uno tiene que mostrar que se identifica sin reservas con el poder que le golpea» (Horkheimer/Adorno, 1947:176). Con su «jerga de la comunicación sin límites» (Adorno, 1980:307) abarca todos los ámbitos de la sociedad, ejerce un control casi total en el sentido de *asegurar la conformidad*. Aunque ésta, a su vez, es el resultado de la predisposición a adaptarse producida por una red omniabarcante de instituciones de la industria cultural. Su función principal es generar esa conformidad de principio con la disposición actual del mundo, procurar una conciencia fundamentalmente afirmativa a pesar de las discrepancias en detalle: «La industria de la cultura es integración desde arriba expresamente querida por sus clientes» (Adorno, 1967:337).

Todas las mercancías necesitan crear la ilusión de un valor emocional, vivencial, cultural, etc., más allá, independientemente o incluso contra su utilidad, para lo que toman a su servicio la industria cultural. Pero también el ámbito cultural, vivencial, emocional, etc., es susceptible de comercialización. La cultura producida como mercancía, es decir, buscando la facilidad de venta y por ello bajo la promesa de una satisfacción rápida y sencilla, está al servicio del engaño del comprador, pues le promete una experiencia que, sin embargo, resulta inalcanzable como pura diversión y estridente entretenimiento. Esa forma de congraciarse paternalistamente con la supuesta (in-)capacidad de comprensión del público elimina de los productos culturales lo que éstos tienen de desafío y provocación y desprecia a sus destinatarios precisamente en el gesto de atención que expresa la frase «su deseo es una orden». Pretextando suministrar placer y diversión a las masas, evasión de lo cotidiano, en realidad la risa decretada por la industria cultural se convierte muy frecuentemente en un «instrumento para estafar la felicidad» (Horkheimer/Adorno, 1947:162). Esta nueva figura de ideología no pretende, pues, engañar sobre la realidad, le basta con reprimir las posibilidades de su transformación presentando la realidad establecida en su prepotencia como



inevitable. El enmascaramiento resulta de la falsa inmediatez producida por el medio, pese a su carácter de construcción selectiva y composición formal.

La industria cultural se ha convertido en un instrumento clave para realizar la subjetivación de los individuos en el capitalismo avanzado. Para ello se sirve ahora de una omniabarcante estetización de la realidad por medio de una fusión de publicidad, diseño y marketing, así como del fetichismo de los aparatos tecnológicos que ha producido un mundo de vida tecnomorfo y dócil a una comodificación de la existencia que incluye a los cuerpos, los deseos, los sentimientos, las relaciones, etc. Pero esta comodificación ha perdido, además, toda connotación de imposición o manipulación externa, ya que se produce con el concurso y la participación activa de los individuos que identifican su propio yo con los procesos de la industria cultural, de los que se sienten creadores (Maiso, 2011:326s).

Este análisis del funcionamiento de la industria cultural no pretende negar que la cultura en sus diferentes formas de aparición sea un terreno en que se dirimen conflictos que afectan a la construcción de identidades. Tampoco que dicha construcción se produce en constelaciones de poder y que, por tanto, posee un significado intrínsecamente político. Sin embargo, el hecho de que todos los procesos de subjetivación se realicen mediados por la industria cultural impone una exigencia de reflexividad que incluye al propio medio, al menos si no se quiere que las luchas por la hegemonía terminen reforzando la totalidad social antagónica que se reproduce por medio de ellas. Las cuestiones que afectan a la hegemonía, la subordinación o la exclusión de una determinada cultura o subcultura están vinculadas a aquellas otras que se refieren a la constitución de los actores a través de las estructuras sociales y de la misma industria cultural, así como a las posibilidades y dificultades de solidarización y politización de los sujetos que ellas permiten. Esto supondría un análisis pormenorizado del papel de la industria cultural en las formas de construcción de la comunidad política y de la pertenencia a ella (o exclusión de la misma); en cómo construye los *topoi* que acompañan la reestructuración del Estado (sobre todo los discursos sobre los perdedores de esa reestructuración legitimada con la crisis); también en todo lo que tiene que ver con los estilos de vida y el reforzamiento/corrosión de los caracteres que definen la conformidad; en la expansión colonizadora de la nueva cultura empresarial y el sometimiento del conjunto de la vida a la lógica mercantil; en el control médico y el diseño de los cuerpos; etc. La atención aquí no se debería orientar prioritariamente a los contenidos, sino más bien a desentrañar las formas en que se construye la normalidad o se «normaliza» la realidad social dada.

\* \* \*



Lo que la crisis actual parece haber hecho patente es que un retorno al «capitalismo social» de los años 60 (o su representación idealizada), es decir, a los buenos salarios y el pleno empleo, el Estado asistencial y las políticas de igualdad de oportunidades, etc. —quizás ahora flanqueado por un potente tercer sector solidario, algo de economía ecológica y más participación ciudadana—, ya no va a ser posible. Y no porque ese capitalismo idealizado no sea mejor que el actual. La cuestión es si sería ya posible, dados los límites internos y externos del sistema. Sin abandonar las luchas de reparto, sobre todo dada la gravedad del expolio, es preciso encaminar los esfuerzos a poner las bases sociales y culturales de una organización de la producción y la reproducción más allá de la valorización y el Estado capitalistas.

Las claves culturales de esas nuevas bases tienen que ver con la resistencia a la lógica de la competitividad y la selección del más fuerte, que va dejando una legión de perdedores y desechos humanos en su avance —resistencia que se apoya en prácticas cooperativas y solidarias en todos los ámbitos de la vida social; con la resistencia a la lógica del crecimiento infinito y la abundancia inagotable, que ni atiende a los límites ecológicos ni a los límites humanos del productivismo desbocado —resistencia que se apoya en prácticas de autocontención y austeridad a favor de la calidad de vida; con la resistencia a la tecnocredulidad y a la penetración tecnomorfa de todos los ámbitos de la vida cotidiana —resistencia que se apoya en prácticas de sometimiento de la innovación tecnológica a objetivos de humanización y satisfacción de necesidades; con la resistencia a la penetración de las individualidades por la lógica empresarial, que las convierte en nudos de recursos y competencias instrumentalizables —resistencia que se apoya en prácticas de afirmación de la dignidad de cada ser individual; con la resistencia a la lógica del conformismo y la adaptación a lo existente, que naturaliza el orden dominante y niega toda posible alternativa —resistencia que se apoya en prácticas de rebeldía e insumisión a la injusticia...

## 5 BIBLIOGRAFÍA

- ADORNO, T.W. (1951): *Minima moralia*, en *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986, T. 4.
- (1952): «Die revidierte Psychoanalyse», en *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986, T. 8., pp. 20-41.
- (1967b): «Résumé über Kulturindustrie», *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986, T. 10, pp. 337-345.
- (1980): «Schema der Kulturindustrie» (1942), *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986, T. 3, pp. 299-335.



- AGLIETTA, M. (1979): *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*. Siglo XXI.
- ALTVATER, E. (2007): *Das Ende des Kapitalismus, wie wir ihn kennen*, 5ª ed., Münster: Westfälisches Dampfboot (trad. esp. El Viejo Topo 2012).
- BADER, P. et al. (2011): «Die multiple Krise – Krisendynamiken im neoliberalen Kapitalismus», en: A. Demirovic et. all (eds.): *VielfachKrise. Im finanzmarktdominierten Kapitalismus*, Hamburg: VSA 2011, pp.11-28.
- BECK, U. (1998): *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*, Barcelona: Paidós.
- BEHRENS, R. (2012): «Crisis, what Crisis?» Kulturindustrie, Kritik und Krise», en M. Hawel y M. Blanke (eds.): *Kritische Theorie der Krise*, Berlin: Karl Dietz Verlag, pp. 71-91.
- BELL, D. (1986): *El advenimiento de la sociedad post-industrial: un intento de prognosis social*, Madrid: Alianza.
- BOLTANSKI, L. y CHIAPELLO, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid: Akal.
- BOLZ, N. (2002): *Das konsumistische Manifest*, München: Wilhelm Fink.
- BRÖCKLING, U. (2007): *Das unternehmerische Selbst. Soziologie einer Subjektivierungsform*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- CASTELLS, M. (1997-1998): *La era de la información: economía, sociedad y cultura*, Madrid: Alianza.
- CONSTELACIONES, *Revista de Teoría Crítica* (2011): nº 3: Teoría crítica de la industria cultural. Continuar..., monográfico coord. por J. Maiso.
- En línea (<http://www.constelaciones-rtc.net/num03.html>).
- FRASER, N. (2012): «Reflexiones en torno a Polanyi y la actual crisis capitalista», en *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, nº 118, 13-28.
- FUMAGALLI, A. et al. (2009): *La gran crisis de la economía global. Mercados financieros, luchas sociales y nuevos escenarios políticos*, Madrid: Traficantes de sueños.
- HALL, S. (1981): «Notes on deconstructing the popular», en R. Samuel (ed.): *People's History and Socialist Theory*, London: Routledge, 227-240.
- HARDT, M. y NEGRI, A. (2004): *Multitud: Guerra y Democracia en la era del imperio*, Barcelona: Debate.
- (2005): *Imperio*, Barcelona: Paidós.
- (2011): *Commonwealth: El proyecto de una revolución en común*, Madrid: Akal.
- HARVEY, D. (2007): *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid: Akal.



- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. W. (1947): *Dialektik der Aufklärung*, en Th. W. Adorno: *Gesammelte Schriften*. 20 tomos, ed. por R. Tiedemann. Frankfurt a.M.: Suhrkamp 1970-1986, T. 3.
- JAPPE, A. (2011): *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*, Logroño: pepitas de calabaza ed.
- y KURZ, R. (2003): *Les habits neufs de l'Empire. Remarques zur Negri, Hardt et Rufin*, París: Lignes-Léo Scheer.
- LASCH, C. (1999): *La cultura del narcisismo*, Barcelona: Andrés Bello.
- LASH, S. y URRY, J. (1994): *Economies of Signs & Space*, London: Sage.
- LIPOVETSKY, G. (1993): *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona: Anagrama.
- MAISO, J. (2011): «Continuar la crítica de la industria cultural», en *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 3, pp. 322-330.
- MUÑOZ, B. (2005): *Modelos culturales. Teoría sociopolítica de la cultura*, Rubí (Barcelona)/México: Anthropos/UAM.
- NEGT, O. (2010): «Subjektivität in der Erosionskrise», en A. Demirovic, Ch. Kaindl y A. Krovoza (eds.): *Das Subjekt – zwischen Krise und Emanzipation*, Münster: Westfälisches Dampfboot, pp. 12-26.
- OBSERVATORIO METROPOLITANO (2011): *La crisis que viene. Algunas notas para afrontar esta década*. Madrid: Traficantes de sueños.
- OSRECKI, F. (2011): *Die Diagnosegesellschaft. Zeitdiagnostik zwischen Soziologie und medialer Popularität*, Bielefeld: transcript.
- RESCH, C. y STAINERT, H. (2011): *Kapitalismus: Porträt einer Produktionsweise*, 2ª ed., Münster, Westfälisches Dampfboot.
- SCHOLZ, R. (2000): *Das Geschlecht des Kapitalismus. Feministische Theorien und die postmoderne Metamorphose des Patriarchats*, Bad Honnef: Horlemann.
- (2005): *Differenzen der Krise – Krise der Differenzen. Die neue Gesellschaftskritik im globalen Zeitalter und der Zusammenhang von „Rasse“, Klasse, Geschlecht und postmoderner Individualisierung*, Bad Honnef: Horlemann.
- SCHULZE, G. (1995): *Die Erlebnis-Gesellschaft: Kultursoziologie der Gegenwart*, Frankfurt et al: Campus Verlag.
- SEMPRÚN, J. (1976): *Précis de récupération, illustré de nombreux exemples tirés de l'histoire récente*, Paris: Champ Libre.
- UNESCO (2005): *Hacia las sociedades del conocimiento*, París: Publicaciones UNESCO.

**1**José A. Zamora

---

Monografía

- ZAMORA, J. A. (2007): «El enigma de la docilidad: Teoría de la sociedad y psicoanálisis en Th. W. Adorno», en: M. Cabot (ed.): *El pensamiento de Th. W. Adorno. Balance y perspectivas*. Palma: Universitat de les Illes Balears 2007, pp. 27-42.
- (2008): «El encanto de un mundo desencantado: La cultura del consumo en el hipercapitalismo», en *Iglesia Viva*, n° 234, pp. 41-57.